

CAPÍTULO 7

RECUERDOS

Hanako acababa de cumplir los diecinueve años y ya era la mejor en su profesión. En esa época, no cuestionaba ninguna orden, ni pensaba en las consecuencias de sus actos. Lo hacía por la familia, por su padre, por el honor, por el dinero... por el respeto. Aunque fuera joven, aunque fuera mujer, todos la respetaban. Lo que no sabía por ese entonces es que no era respeto, era miedo.

Fue en ese periodo cuando lo conoció. Él venía de Kanto, procedente de uno de los pequeños grupos que habían sido absorbidos años antes. Lo conoció de casualidad, él entraba y ella salía con prisas, y no sabía como, acabaron quedando para cenar. Era culto, atento, y lo más importante: no sabía quien era ella. Había terminado económicas, pero su pasión era la poesía... se pasó horas recitándole poemas. Ella escuchaba y le miraba a los ojos, a unos profundos ojos verdes. Él se alzaba como uno de los pocos americano-japoneses del Yamaguchi, y de toda la Yakuza.

Ella reía. Caminaban por el parque cogidos de la mano hasta la puerta de su casa y, casi sin darse cuenta, hacían el amor en su dormitorio.

Sus labios se entrecruzaban, su piel se fundía y no sabía muy bien dónde empezaba él y terminaba ella. Cerrados los ojos sus sentidos se hacían aún más agudos, notando las gotas de sudor corriendo por su torso, y la lengua de Yoichi recorriendo su vientre, la primera exploradora en un territorio virgen. Los susurros precedieron a los suaves gemidos, los dedos se clavaron en los tatuajes y las piernas de Hanako hicieron presa en las caderas.

Durmieron abrazados, y el tiempo no existía para ellos.

Abrieron los ojos casi a la vez, y se sonrieron. Por primera vez vieron sus cuerpos desnudos sin el ardor del deseo, ella estaba avergonzada, él seguro de que había encontrado a la mujer perfecta. Pero a la hora de vestirse pasó algo, un enorme error que cambiaría su vida: Él, su joven y

CAPÍTULO 7

apuesto Romeo, le vio el tatuaje, y supo quien era ella. Pero no le importó, “todos somos iguales”, le dijo, “tú sólo eres la mano que ejecuta las órdenes de la cabeza”. Ella se sonrojó, sabía que aquello había terminado, por primera vez sintió vergüenza de lo que hacía. Él le acarició la cara y la besó.

Se despertó extrañada, hacía mucho tiempo que no soñaba con Yoichi. Desde la noche en la casa de los Takanawa. Lo echaba tanto de menos...

Él le había enseñado la belleza que escondía el mundo, le había descubierto el placer que se sentía al estar con la persona amada, le había descubierto la poesía. Creyó notar sus manos acariciando su pelo, se giró dispuesta, pero era solo “whisper” buscando un sitio para dormir en la almohada.

Lloró, lloró porque estar en Nueva York no tenía sentido sin él; porque una casa llena de gatos era un sinsentido y, sin embargo, ya no le importaba. Lloró y lloró, y de nuevo cayó en la inconsciencia.

Ahora soñaba con aquellos momentos de nerviosismo e ilusión. Cuando empezaron a imaginar una vida nueva, cuando le enseñó que el mundo era mucho más; que él, pese a haber matado, había tenido muchas más experiencias. Le mostró que tenía el mundo en sus manos.

Comunicó a su padre que lo dejaba, que se iba con Yoichi a Estados Unidos y que nunca volvería a matar a nadie. Había sido valiente, y ahora lo esperaba inquieta. Tenía las maletas hechas, preparada para empezar de nuevo junto a él, incluso podía estudiar... Pero él se retrasaba ya una hora. Se quedó dormida esperando hasta que el timbre de la puerta la hizo despertar. Saltó ilusionada a recibirle, esperando un beso y una disculpa por su tardanza... sonriendo abrió la puerta que daba al pasillo.

No había nadie, sólo una caja de madera. Una caja de madera.

Sabía lo que eso significaba.

CAPÍTULO 7

Abrió la tapa con las manos temblorosas y allí vio el dedo de Yoichi, con un paño goteante de sangre, y con la caligrafía de su padre una nota: *“Ya no tienes a nadie con quien escapar. Eres mi hija. Cumple con tu obligación o quítate la vida, porque no pienso sufrir la deshonra de ser yo quien recoja una caja con tu dedo”*.

Allí, en un frío pasillo de apartamentos, llorando en el suelo, la mitad de su alma murió.

Se despertó horas antes del amanecer, la almohada empapada de lágrimas acumuladas durante años. No podía reconciliar el sueño. Recordar aquello era demasiado para ella, y no entendía porqué su subconsciente había elegido esa noche para destapar la caja de Pandora. Seguramente era consecuencia de tener tanto contacto con la gente, de repente, pues no había estado con nadie más de unas horas desde aquello, viendo que cualquier otra opción era demasiado peligrosa.

Hoy por hoy, las cosas habían cambiado; era libre: Su padre había muerto, y su tío no tenía la suficiente influencia para llegar hasta ella, al menos si se mantenía en la costa Este.

Las gafas de sol tapaban sus ojos cuando Puzzo se acercó a ella en Central Park. Su cara volvía a ser fría, casi tallada a piedra. Así debía ser, así sería siempre. El italoamericano enarcó una ceja mientras le ofrecía uno de los vasos de café que llevaba en las manos. “Café americano”, pensó, “Genial”, lo aceptó de mala gana. Los patos del lago nadaban ignorantes a todo lo que pasaba a su alrededor, y como siempre que se sentaba en aquel lugar, deseó ser uno de ellos. La voz de su compañero la sacó de sus pensamientos.

- Ey, Kitano, despierta. Tengo noticias. – Le tocó el hombro, pero no le importó, había llegado a la conclusión de que lo haría le gustara o no, así que decidió adaptarse. – Una

CAPÍTULO 7

fuelle, que no te puedo revelar... por favor, no insistas, - dijo socarrón – no te la pienso decir, ha hablado con el antiguo profesor de Leonor. Al parecer lo interrogó cuando fue a denunciar una paliza...junto con sus compañeros de piso. ¿Te suena? En fin, más calmado, confesó que un día fue al colegio a recoger un certificado cuando vio que había un hombre vestido de negro, con gabardina, alto, muy pálido, sentado en un columpio. Le dijo a mi fuente que le extrañó mucho, porque parecía sacado de una película de terror. Cuando salió de la escuela un policía estaba hablando con él y se marchó bastante molesto. No sé, la verdad es que es lo único que tenemos... Y no me apetece volver a ningún sitio como ese... – La voz le tembló, bajó la cabeza y miró detenidamente el vaso de café. – Mi hombre va a hablar con el policía, a ver si le da algún dato que podamos utilizar.

Hanako se quitó las gafas de sol y miró a Puzzo a los ojos, los tenía bonitos, había que admitirlo.

– Esa fuente tuya, de la que no me hablarías ni bajo tortura – “Ni siquiera bajo tortura” contestó él – de la que tampoco me puedes dar datos – “Por supuesto que no” siguió tajante – a parte de ser miembro de las fuerzas del orden, lo cual, si no quisieras que lo supiera podías haber omitido ciertos datos... ¿Te ayuda? ¿Nos ayuda? ¿O en algún momento va a informar a sus superiores, tirando nuestro esfuerzo a la basura? - No podía dejar que nadie destrozara aquello por lo que había luchado durante tanto tiempo - Me gustaría saberlo Puzzo porque, como comprenderás – con una amenaza velada en la voz, invadió deliberadamente su espacio vital, acortando tanto las distancias que ambas narices casi se rozaban. – Ni una niña inocente va a hacer que me ponga en peligro... ¿Entiendes? - Su tono y sus ojos se hicieron graves y oscuros - Como algo de esto se filtre, ya sea a la prensa o a la policía, dejarás de estar en este mundo en menos de lo que tardas en parpadear... Y lo pienso hacer gratis. ¿Capisci Paolo Puzzo?

Un escalofrío recorrió su columna como respuesta instintiva. Las pupilas de la japonesa lo tenían paralizado, por un momento pensó que iba a cumplir su palabra ahí mismo, en ese momento,

CAPÍTULO 7

a las diez de la mañana de un bonito día soleado.

Sonrió incómodo e intentó separarse, pero poco podía hacer pues estaba en la esquina del banco y el apoyabrazos se lo impedía.

- Ey, ey, gatita, tranquila ¿Sí? Mi colega es de fiar, nunca dirá nada si yo no le dejo, ¿vale?

Es un amigo. Además, en ningún momento hemos hablado de ti. No eres el centro del mundo, ¿sabes? No eres el hueco de este magnífico donut – señaló lo que quedaba de su desayuno “bien, por fin ha dejado de taladrarme...” – Además, si nos ponemos a amenazar, me gustaría aclarar que si tus amigos amarillos nos dan problemas tendrás que responder ante mi tío. No me gusta nada tener a esos tíos haciendo preguntas por ahí. – Hanako creyó que se abría un inmenso agujero bajo sus pies y que caía por él. Llevaba casi dos años en la ciudad y nunca ningún japonés se había acercado siquiera a su portal, y ahora tenía a un italiano engreído diciéndole aquello.

- ¿Qué preguntas? Dijo impulsivamente.

- ¿Cómo que qué preguntas? ¿Me tomas el pelo? Hay un par de yakuzas nuevos en la ciudad intentando sacar información a los grupos de la ciudad, ya sabes. Lo preocupante es que también quieren saber si, por casualidad, hay alguna japonesa en sus nóminas. Así que yo me preguntaría si las lealtades de tus clientes están... - Miró al cielo, y con un gesto irónico volvió a mirar a Hanako. – seguras. Sabes perfectamente que Cardone jamás hablaría de ti, y de hecho tiene prohibido que alguno de sus hombres mente siquiera que te han visto, pero... ¿Y los demás? ¿Te fías de los rusos, los irlandeses o los chinos? Hasta un ruso tiene más honor que un irlandés, eso te lo aseguro.

CAPÍTULO 7

Ella lo miró amenazadoramente, pero Puzzo era más inteligente de lo que aparentaba, y en eso llevaba razón. Después del escaso periodo de tranquilidad, parecía que llegaba el momento de enfrentarse a su peor miedo... Aunque si era verdad que sólo eran unos cuantos, podría encargarse de ellos fácilmente. La habían educado para ser la mejor, y lo era, y con su marcha no había nadie en ningún grupo yakuza que llegara a su nivel. Los inseguros pasos de Pallucci que se acercaba la sacaron de sus cavilaciones, ahora buscaban a una niña, a una pequeña indefensa que seguramente estaba llorando asustada en algún lugar... *No pienses en eso, ya has desenterrado demasiada basura hoy* Esperaba que no fuera muy lejano.

Una vez Pallucci llegó, ambos hombres informaron a Hanako de la pasada entrevista con el representante de los yakuza. Se extrañó cuando le informaron que era “como ella”, aunque supuso que era lógico que las cosas cambiaran, los japoneses afincados en Estados Unidos hacían las cosas de otra manera, y utilizar a alguien con sangre occidental para tratar con otros grupos era una buena idea, sobre todo teniendo en cuenta lo que le costaba a la gente adaptarse a las hieráticas caras de los nipones. Pidió una descripción detallada, sólo por si acaso, los rasgos le recordaban a Yoichi, pero aquello era imposible, y para sus compañeros los detalles no importaban demasiado.

Se pasaron el resto de la mañana sentados en una mesa apartada de una de las numerosas terrazas de las que disponía el parque, discutiendo sobre sus próximos pasos. Estaban confusos, ninguno de los tres compañeros habían hecho nada parecido jamás. ¿Investigar? ¿Buscar testigos? Era rarísimo encontrarse en aquella situación. Si al menos supieran hacia donde ir... Tenían la pista de “la fuente” de Puzzo, pero aún tendrían que esperar al menos dos días, hasta que ésta encontrara al policía que estaba de guardia aquella mañana. Así mismo, Pallucci también había hecho sus deberes, y había llegado con información nueva. “He estado mirando por Internet, al parecer hay mucha más gente que se dedica a traficar con niños de los que imaginábamos... Y la verdad es que

CAPÍTULO 7

es bastante escalofriante. Pero hay varias cosas interesantes, porque al parecer, tras el 11-S, el FBI creó una especie de detectores que guardan datos de ciertas palabras claves para detectar posibles terroristas... La cosa es que desde entonces el detector se ha utilizado para diversas causas, entre ellas el detectar pederastas. He estado metiendo las narices en las páginas con ese software espía, y en las organizaciones que se dedican a vigilar a los pederastas... Creo que no será muy difícil acceder a la base de datos, aún así tengan en cuenta que la información que he encontrado es muy difícil que en esas redes se secuestre niñas americanas. Suelen ser niños de países subdesarrollados, algunas veces son las propias familias las que los venden a esa gente... En fin, de todas formas necesito un ordenador mejor, - sacó la hoja de una libreta arrancada con una lista enorme de productos informáticos – sobre todo por la seguridad, si sigo conectándome en los cibers me van a trincar, no tenemos nada que perder... seguimos sin muchas salidas.”

Así siguieron durante horas. Pallucci intentaba convencerlos que realizar una “incursión” a las bases del FBI sobre pederastas era lo más inteligente, pero ni Puzzo ni Kitano lo veían factible, ya que eso daba menos tiempo a la niña. Si el secuestrador o secuestradores no eran miembros de una red pederasta cada hora que pasaba era más difícil encontrarla con vida. Así, la fuente de Puzzo también quedaba descartada por el momento... Cuando creían que les iba a poder la desesperación Kitano cayó en la cuenta de algo tan obvio que no entendía como se le había podido pasar por alto. ¿qué grupo mafioso se diferenciaba de la mayoría por su crueldad y sus amplias actividades? Los chinos. “¡La tríada!” Exclamó Hanako. Se le estaban escapando demasiadas cosas, aunque habían discutido investigarlos, desde la entrada al *underground* se había olvidado del resto de grupos de crimen desarrollado.

Aquello les daba algo que hacer a Puzzo y a la japonesa mientras Palucci se ponía a intentar entrar en los archivos del FBI. Él no era un gran informático, pero un amigo suyo sí, y había aprendido unos cuantos trucos. Si tenía problemas, siempre podrían buscar a un hacker, no era algo

CAPÍTULO 7

muy difícil.

Sonrió para sí, ella estaba igual que siempre, su pelo brillante, su cuerpo perfecto. Pero no había alegría en su mirada, ni siquiera cuando hablaba con sus dos acompañantes, demasiado guapos ambos, demasiado peligrosos, el más mayor la miraba muy interesado, recorriendo con sus ojos su escote y seguramente imaginando lo que se escondía tras la opacidad de la blusa. El más joven, pese a que parecía igual de atraído por ella que su compañero, en sus ojos también podía verse el miedo, un miedo que intentaba mantener a raya, pero que para un observador experimentado como él estaba claramente patente.

Ella no parecía interesada, aunque no lo podría decir con seguridad, ya que su rostro era una estoica máscara. Se sentaba incómoda en la silla de la terraza, moviéndose cada poco tiempo, demostrando que no estaba nada acostumbrada a situaciones como éstas. Eso le tranquilizó, ella era dulce, sencilla, divertida, o al menos lo fue cuando... Se obligó a no pensar en ello, pues había pasado demasiado tiempo, y por la máscara que había sustituido al rostro de Hanako, diríase que se tendría que enfrentar a una desconocida, comenzar desde cero, lo cual dadas las circunstancias era prácticamente un suicidio.

No le importaba, moriría por ella.

El trío parecía discutir algo, no daba la impresión de que se fueran a mover en breve, por lo que dejó a su mente vagar por las nieblas del recuerdo. Una jovencísima Hanako, con unos ojos de un verde esmeralda, le acariciaba la espalda desnuda. Él tenía veinticinco años, ella diecinueve, aunque aquello no significaba nada pues ambos habían visto tantas cosas que la edad dejaba de tener sentido. Se acababan de conocer, pero tenía la sensación de que ella era lo que necesitaba, se salvarían mutuamente. Sólo conocía su nombre, y con eso le bastaba, podía ser una secretaria,

CAPÍTULO 7

alguien que trabajara en la administración, y podía ser la amante de uno de sus compañeros... Realmente esperaba que no fuera así, porque tendría un grave problema, cortarse un dedo podría no ser suficiente para apaciguar las iras de un hombre engañado. Pero no, era imposible, tenía bastante experiencia con las mujeres para saber que aquella muchacha se acababa de entregar por primera vez, sus temblorosas manos la delataron desde un principio, y la vergüenza, pues le rogó que no encendiera la luz cuando llegaron al apartamento de Yoichi, incluso en ese momento, en el que reinaba una paz absoluta sus inexpertos dedos recorrían su piel con vacilación. Se giró y le sonrió, no tenía ningún tatuaje en el pecho, por lo que no le pertenecía a nadie, era suya, no la dejaría escapar. En cuanto estuviera seguro de los sentimientos de Hanako iría a hablar con el consejo para pedirles permiso y casarse. Sí, lo haría. “Buenos días” le dijo ella cortando sus pensamientos, él prefirió demostrarle cuán buenos podían ser.

Tras quedar exhausto por segunda vez, ella se fue a la ducha, tenía que marcharse, dijo, pero él dejó de escucharla cuando Hanako se sentó en la cama de espaldas a él y comenzó a buscar su ropa esparcida por el suelo. Tenía un tatuaje, un enorme dragón parecía retorcerse por su espalda, apoyando una de las garras en un hombro. Es más, no era uno cualquiera, conocía de sobra los trazos, realizado con una aguja manual, sólo unos pocos elegidos portaban un dragón en la espalda, los asesinos, las espadas de los clanes. Su cuerpo se tensó a la par que el de ella, que parecía haberse percatado del tenso silencio, se tapó con la camisa, corriendo. “Será mejor que me vaya” aquel susurro lo despertó, daba igual, ella era la hija del nuevo presidente, ella era intocable, y él ya estaba condenado. Y como se había dicho a sí mismo, no la dejó irse, no así. Daba igual quien fuera, ella, su padre, y toda su familia, daba igual que fuera a ella a quienes todos temían, no importaba porque era suya, y haría que Hanako se enamorara de él, lucharía por ella, lo sabía: moriría por ella.